

# EXPLORAR UN TEMA TABÚ: LA AUTODEFENSA DE LAS COMUNIDADES JUDÍAS EN AMÉRICA LATINA Y EL ROL DEL ESTADO DE ISRAEL

**Rein, Ranaan.** *Cachiporras contra Tacuara. Grupos de autodefensa judíos en América del Sur, 1960-1975.* Buenos Aires, Sudamericana, 2023, 464 pp.



Miguel Alberto Galante

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina, Argentina  
[miggalante@yahoo.com.ar](mailto:miggalante@yahoo.com.ar)

Ranaan Rein es un prestigioso historiador israelí, profesor de Historia Española y Latinoamericana en la Universidad de Tel Aviv. En Argentina son muy apreciados sus aportes historiográficos en especial sobre el peronismo, tema en el que se ha convertido en voz autorizada. Mas, dice el autor, siempre tuvo interés en estudiar las vivencias judías en América Latina, tanto en relación con los estados nacionales en que viven, como con Israel (esa “madre patria imaginaria”).

Desde el título, el libro nos remite a la organización de grupos de autodefensa judía. Los primeros se dieron a fines del siglo XIX en algunas localidades de Europa del Este ante los *pogromos* de la Rusia zarista. Era un intento de defensa activa que también buscaba revertir la imagen de víctimas, débiles e inermes, ante las violencias antisemitas. Fueron los antecedentes de los judíos que se integraron a las organizaciones partisanas antifascistas en tiempos de la Shoá.

Posterior al Holocausto, la Segunda Guerra Mundial y la creación del Estado de Israel, emergieron y/o reaparecieron brotes y acciones antijudías en distintas partes del mundo. ¿Estaba entre las responsabilidades del naciente Estado intervenir al respecto? Rein da cuenta de los debates el interior del movimiento sionista que llevaron a que ese Estado –a través del *Mossad* (“Agencia de Inteligencia y Operaciones Especiales del Estado de Israel”)– se hiciera cargo de preparar las organizaciones de autodefensa de diversas comunidades de la diáspora, cuando las acciones defensivas propias no fueran consideradas suficientes para garantizar su seguridad ante hechos de violencia creciente. En principio esto se dio en comunidades judías

norteafricanas, principalmente en Marruecos. Pero pronto surgió también la necesidad de su organización en América Latina.

El interés explícito del autor es examinar cómo las actividades de Israel –mediante el Mossad, las representaciones diplomáticas, emisarios de los movimientos kibutzianos y personal de la “Agencia Judía” (encargada de promover la emigración de judíos a Israel, la *aliá*)– influyeron en las comunidades judías en América Latina en un periodo “tormentoso” en el que las fuerzas políticas dieron cierta legitimidad al uso de la violencia para promover ideales.

De modo más específico, le importa explorar como las actividades de auto-defensa que Israel ayudó a organizar influyeron en la percepción que los jóvenes judíos tenían sobre su autoimagen, el riesgo que corrían sus comunidades y sus vínculos (tanto con Israel como con el devenir político de los países en los que nacieron y vivían).

En principio, su propósito fue analizar su desarrollo en cuatro naciones: Venezuela, Chile, Argentina y Uruguay. Pero decidió, por el momento, no publicar sus avances sobre los dos primeros. En ellos encontró una fuerte reticencia de los ex-integrantes de esos grupos para dar testimonio. En el caso chileno, quizás “por el legado del gobierno autoritario”. Y entre los judíos de Venezuela advirtió preocupaciones por la “hostil” política exterior de ese país hacia Israel. Por prudencia decidió entonces postergar los capítulos dedicados a la autodefensa en esas dos naciones. Y centrarse en los casos de Argentina y Uruguay en los que, habiendo pasado medio siglo, consideró que el develar y analizar esas actividades no suponía un riesgo para las relaciones entre esos Estados y el de Israel; ni tampoco que este texto pudiera generar problemas a los judíos nacionales de esos países utilizándolo para la clásica acusación de “doble lealtad”.

Que el autor pudiera contar con relatos de protagonistas y testigos de esas actividades resultaba primordial, pues las principales fuentes escritas a recabar eran las del Mossad, a las que no pudo acceder. Si bien pudo examinar documentación complementaria en archivos públicos y privados, así como en la prensa contemporánea de América Latina, Israel y Estados Unidos, la columna vertebral de su investigación –nos dice Rein– surgió de más de ciento veinte entrevistas de historia oral (entre ex-activistas latinoamericanos, ex-diplomáticos y funcionarios israelíes, agentes jubilados del Mossad inclusive), concretadas durante varios años. A la hora de evaluar el significado de los acontecimientos que le fueron narrados, Rein recurre a Alessandro Portelli, un clásico de la historia oral, subrayando que en esas conversaciones

las personas expresan lo que han hecho, lo que querían hacer, lo que creían que estaban haciendo y lo que –desde el presente– creen que han hecho a partir de las perspectivas que les da el tiempo transcurrido. El historiador destaca que las múltiples citas –¿acaso hasta el exceso?– de esos relatos permiten que se oigan sus voces para así poder comprender mejor las respectivas necesidades, anhelos y autopercepciones. El valor de estos testimonios es especialmente subrayado, pues casi todos los entrevistados hablaron por primera vez –excepto con algún familiar o camaradas, mas no en todos los casos– sobre sus actividades semi-clandestinas: relatos inauditos, plenos de titubeos y silencios en torno a esas experiencias sobre las que, mayoritariamente, no habían reflexionado *a posteriori*. Estos grupos de autodefensa recibieron nombres diversos en hebreo, según tiempos y lugares; los más utilizados en los testimonios orales citados fueron *ha-misgueret* –“el marco”, la expresión que más usa el autor– y el *Irgún* (“la organización”).

El periodo de análisis se inicia en mayo de 1960 cuando fue secuestrado el principal responsable de la organización y ejecución de la “solución final” (la aniquilación de la población judía en la Europa dominada por el nazismo): Adolf Eichmann. Aprovechando una visita oficial de representantes israelíes para la conmemoración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, Eichmann fue secuestrado por agentes del Mossad en un barrio del Gran Buenos Aires, para ser sometido a juicio en Jerusalén. En 1961 fue condenado a muerte y en 1962, ejecutado. Anteriormente, diferentes requerimientos por la presencia de criminales de guerra en Argentina habían fracasado. Joseph Mengele fue el caso más notorio (1959), quien pudo huir a Paraguay.

Esa captura ilegal provocó algún incidente diplomático que los gobiernos de Argentina (Frondizi) e Israel (Ben Gurión) procuraron minimizar mas allá de los necesarios cruces protocolares por la violación a la soberanía nacional. Pero las organizaciones nacionalistas de derecha reaccionaron en sentido contrario: el secuestro y posterior juicio del criminal nazi desató una ola de altercados y violencias antisemitas. Rein considera ese momento un “parteaguas” en relación a la necesidad de organizar los grupos de autodefensa para la comunidad judía local y de requerir la asistencia del Estado de Israel, donde también primó esa evaluación. En ello influyeron los temores de un posible pogromo que pudieran hacer “los nazis”; temores que eran alimentados por los relatos e informes aumentados que hacían emisarios de las diversas organizaciones sionistas y funcionarios que llegaban desde Israel. No era un hecho menor para las dirigencias del movimiento y el Estado sionistas: tras la hecatombe sufrida por el judaísmo europeo, las

comunidades judías latinoamericanas eran vistas como el “principal reservorio humano” –dice Rein– para los proyectos de asentamientos agrícolas colectivistas (los *kibutz*) en Israel. Para el autor no resulta sorprendente que desde el Estado hebreo y los movimientos kibutzianos se haya construido un plan amplio de emisarios hacia América Latina. Tampoco le sorprendió que esos emisarios tuvieran interés en acrecentar esos temores sobre el futuro de las comunidades judías en Sudamérica: de ese modo podrían afianzar en ellas la identidad sionista, conseguir apoyo político y medios financieros para impulsar la *aliá*. “No vamos a permitir una segunda Shoá”, expresó uno de esos emisarios; Rein lo destaca especialmente en un subtítulo del libro a modo de condensación de aquellas posturas.

Gran parte del libro está dedicado a lo sucedido en Argentina. Extensos capítulos dan cuenta en detalle de la ola de antisemitismo que afectó a las comunidades judías locales en los años 60 así como de las respuestas a esas violencias racistas. Examina la estructura del *Irgún*, los modos de reclutamientos de jóvenes, los adiestramientos y capacitaciones por lo que pasaron, especialmente en el centro recreativo “*Macabilandia*”, ubicado en la provincia de Córdoba. Este último espacio tuvo particular centralidad en la preparación de las organizaciones de autodefensa de toda Sudamérica. Jóvenes de distintos países venían a recibir entrenamiento para repeler ataques de distinto tipo: con y sin armas, con armas blancas o armas de fuego o con explosivos.

Determinados aspectos del contexto histórico son subrayados por Rein: la radicalización de las “juventudes rebeldes” de América Latina en los años 60, el marco de la Guerra Fría, la influencia de la Revolución Cubana y las respuestas de los Estados nacionales –la doctrina de guerra interna/ contra-revolucionaria– orientadas por Estados Unidos. Esa radicalización convirtió a las juventudes en protagonistas de la política de entonces y permitió a los jóvenes judíos modelar cierta identidad autónoma. Rein anota que esto aumentó la tensión entre la voluntad de esos jóvenes judíos de participar políticamente en marcos de organizaciones sionistas o directamente en las luchas políticas y latinoamericanas, en general. De hecho, hubo militantes del “sionismo socialista” que, de integrar las organizaciones de autodefensa judías, pasaron a participar de organizaciones revolucionarias como el PRT-ERP y Montoneros, entre otras.

El libro dedica no poco espacio a dar cuenta de las publicaciones y organizaciones de tendencia nacionalista con perfiles antisemitas de la época. En la década peronista habían decaído, pero reaparecieron con fuerza bajo el régimen de la “Revolución Libertadora”. La campaña fue liderada por el

ultraderechista Movimiento Nacionalista Tacuara, liderado por el ensayista Alberto Ezcurra Medrano. Uno de sus mentores, el padre Julio Meinville, pergeñó la difundida fábula del “Plan Andinia”: según ella, los judíos querían conquistar la Argentina –o parte de ella, la Patagonia– para convertirla en una segunda Palestina. En la década del 60 Tacuara mantuvo contactos con las organizaciones neonazis de los países de la región y con Hussein Triki (representante de la Liga Árabe en Buenos Aires), otro de los protagonistas de las campañas contra las comunidades judías locales. Esto se agudizó tras el secuestro de Eichmann, logrando cierto respaldo público e influencia política (singularmente entre las Fuerzas Armadas y policiales). El gobierno de Frondizi, débil y condicionado, poco pudo hacer para limitar esas campañas violentas.

Durante los gobiernos siguientes esos conflictos se exacerbaban al calor de las disputas electorales/políticas, así como de las cíclicas crisis económicas. En junio de 1962, pocos días después de la ejecución de Eichmann en Israel, un hecho extremo conmocionó a la comunidad judeo-argentina: la estudiante Graciela Sirota, judía y militante comunista, fue secuestrada, torturada y, con una navaja, tatuada con una esvástica en uno de sus pechos mientras le decían: “les vamos a enseñar a ustedes, los asesinos de Eichmann, una lección”. Otros casos similares de fuerte notoriedad fueron los de Norma Penjerek (asesinada cinco días después del secuestro de Eichmann), Edgardo Trilnik (herido de gravedad en un ataque de activistas de Tacuara contra estudiantes secundarios judíos, en julio de 1960) y, en 1964, Raúl Alterman (“era comunista pero murió como un judío”, sentenció un prestigioso sociólogo en una entrevista con Rein).

Hechos como estos generaron gran temor entre los judíos argentinos e incluso de otros países. Creció también la convicción de la necesidad de capacitación y entrenamiento de jóvenes argentinos. Estas se dieron en diversos “campamentos” para aquellos que integrarían las estructuras de autodefensa, y estuvieron centradas en técnicas derivadas de las artes marciales. Muchos instructores venían de Israel (ex-integrantes de su ejército o de sus formaciones paramilitares predecesoras). Rein detalla varias historias de los instruidos y de los instructores. En principio, todo era sin armas de fuego: proliferaron entonces las mentadas *cachiporras*. Luego aparecerían adiestramientos con armas de fuego, que habrían de usarse en tiroteos con grupos antijudíos y policías demasiado afines a estos. También algunos jóvenes judíos latinoamericanos, destinados a cumplir roles de liderazgo en la autodefensa, tuvieron sus instancias de instrucción y adiestramiento en Israel.

En los años 60 se fue consolidando una estructura institucionalizada, con un marco permanente de preparación, con un brazo operativo y de inteligencia, con brigadas separadas en cada movimiento juvenil para custodiar clubes, templos, escuelas y otras sedes comunitarias, y con un apoyo discreto del Estado de Israel. En una entrevista, *Tata Furmaski* –una de las figuras centrales de la autodefensa en Sudamérica, que condicionó a Rein a usar la información y documentos brindados solo después de su muerte– llegó a dar datos de cuatro batallones en Argentina, con varias compañías que incluían cuatro escuadrones cada una, conformados estos últimos por entre ocho y diez educandos/as y un instructor.

En relación al Uruguay, el autor anota que los judíos de ese país sufrieron varios incidentes antisemitas, en parte como repercusión de los hechos desencadenados a partir de la captura de Eichmann en Argentina, mas no con la misma envergadura ni con la misma intensidad. Y subraya que en sus organizaciones de autodefensa, la influencia de los sionistas revisionistas –*Betar*, de derecha o ultraderecha, según se mire– fue mayor que en otros países latinoamericanos. Lo mismo habría ocurrido con el papel del Estado israelí en esta actividad paramilitar: fue más profunda que en otros países del continente. El equivalente a Tacuara fue la Liga Oriental Antisemita (LOA), pequeña pero de importante repercusión en el clima político. Uruguay tuvo también sus casos extremos de fuerte impacto, como el linchamiento hasta morir a un sobreviviente del Holocausto. Y –al decir de un entrevistado– su “propio Eichmann: el criminal de guerra letón Herberts Cukurs –“el verdugo de Riga”– que, radicado en Brasil, fue asesinado por el Mossad en medio de un viaje de negocios en Montevideo.

Tanto en Argentina (1976) como en Uruguay y Chile (1973), la emergencia de las dictaduras militares que tenían entre sus ejes centrales la “guerra interna” contra las organizaciones político-militares revolucionarias, conllevó el final de las estructuras de autodefensa judía en sus respectivos países: sus configuraciones paramilitares no podían coexistir con el terrorismo de Estado.

Sin duda Rein no solo cubre vacíos historiográficos con este trabajo; también aborda una complicada cuestión. Lo destaca al citar a un periodista israelí en las líneas finales de su libro: “¿Tiene un Estado derecho a actuar en favor de una minoría étnica o religiosa a la que está afiliado en otro Estado? Ese derecho, que implica interferir en los asuntos internos de un Estado extranjero y violar su soberanía, no está admitido en el derecho internacional” (pp. 441-442).

